

DURANTE año y medio, los críticos, los profesionales del espectáculo en general, se encontraban perplejos ante la existencia de un teatro insólito en Madrid. El Teatro Experimental Independiente había abierto un mínimo local, acogido por las exigencias legales bajo el emblema de café-teatro, que estaba ofreciendo una serie de espectáculos que nada tenían que ver con el resto de los programas habituales españoles. El TEI estaba compuesto por un grupo de hombres jóvenes, procedentes del TEM en su mayoría, que se estaban preocupando por conseguir que el actor fuera el elemento principal de cualquier espectáculo, el vehículo imprescindible de comunicación, el factor determinante de una catarsis que, por encima de cualquier texto, debía contar con sus propias vivencias personales, con su voz, sus gestos, su individual necesidad de expresión, sus manos, su cuerpo... El actor dejaba de ser un mero instrumento del autor para transformarse en dueño absoluto de la representación. O, mejor aún, eran los actores, con un inesperado trabajo de equipo, quienes transformaban o adaptaban un texto —o una referencia a un texto— a sus necesidades propias de expresarse o a las necesidades objetivas de expresión de cada momento. Como consecuencia de ello, los programas del TEI (del Pequeño Teatro) eran capaces de sacudir en sus butacas a los espectadores acostumbrados al forllo, los mutis y las declamaciones. El TEI era un grupo vivo, fresco, dinámico, responsable, que había tomado un implacable compromiso con el teatro y con los hombres que fueran a ver sus programas.

Año y medio después de su inauguración —tras los comentarios entusiastas de bastantes críticos y el fervor, al parecer incondicional, de muchos profesionales, y de los lógicos juicios adversos de los detractores—, los artistas del Teatro Experimental Independiente han aparecido con un nuevo espectáculo que supone un paso fundamental en su trayectoria del compromiso y la investigación. Se trata de una obra que no cuenta ya con ningún texto, que se llama «Después de Prometeo», y que es un «collage» de emociones que deben formar en el espectador una idea, una postura. La inutilidad del mito, la necesidad urgente de un riesgo personal, de un replanteamiento de la colectividad; la visión angustiada de una liberación que no llega para el hombre, son algunas de las ideas que, a través de violentas sensaciones, ofrece El Teatro Experimental Independiente en su nueva obra.

Inevitablemente ingenuo en su expresión literaria, «Después de Prometeo» no puede ser juzgado con la óptica habitual de nuestro teatro. Aquí se trata de una nueva expresión, de una investigación sobre el lenguaje teatral que, a la larga, tiene mucha más importancia que la profundidad eventual de la idea que se exprese. Lo que importa señalar es que los hombres del TEI han con-



EL T. E. I.

¿REINAR DESPUES DE MORIR?

tinuado su trabajo, que es, sin duda alguna, el más importante —teatralmente— de cuantos en España están a la luz. El único que, en un local abierto continuamente al público, piensa que el teatro es un medio suficientemente importante para dedicarle la vida, y el espectador, un ser suficientemente humano como para tomarlo en serio.

Sin embargo, el TEI lanza ahora un S. O. S. Su situación económica es trágica, sus posibilidades de supervivencia, escasas. «Debemos más de un millón de pesetas...».

El actor del TEI es uno de los mejores preparados del país. En su laboratorio cuentan con las clases de William Layton, Arnold Taraborelli, Pilar Francés, con profesores del Roy Hart y del Living Theatre, al margen de un montón de años de experiencia. Sin embargo, el Sindicato del Espectáculo no reconoce la labor realizada en el Pequeño Teatro como válida para conseguir el carnet profesional.

—Se da la paradoja de que un actor como Antonio Lloplis, que ha intervenido en los espectáculos más importantes de los últimos años («Cuento para la hora de acostarse», «Proceso por la sombra de un burro», «Historia del zoo»), que está trabajando ininterrumpidamente desde mil novecientos sesenta y cinco y que da clases de interpretación en la Escuela de Arte Dramático,

no puede tener carnet profesional porque, al parecer, no ha hecho todavía suficientes méritos. Hay que explicar que un carnet se consigue saliendo a un escenario de «extra» durante seis meses si se tiene Bachillerato Elemental o durante un año si no se tiene...

Entonces, resulta que el TEI tiene problemas sindicales porque sus actores no son actores. Que su local no está considerado como teatro, sino como café-teatro, y eso implica, como se verá, graves diferencias.

—Para ser teatro tenemos que tener bambalinas, telón de acero, apuntador y dos acomodadores. Y, claro, nosotros no tenemos espacio para todo esto. Como no hay una reglamentación de cafés-teatro, tenemos que pagar a la Sociedad de Autores por minuto de representación; entonces, cada representación nos cuesta tres mil pesetas, mientras que cualquier teatro «de verdad» sólo paga el diez por ciento de la taquilla. Inútil decir que en ocasiones no llegamos a esa recaudación. Por otra parte, se entiende que al pagar una cantidad fija, nos equilibramos con cualquier otro café-teatro, que puede tener cincuenta veces nuestras localidades y servicios de mariscos y whiskeys durante la representación. A pesar de que hacemos descuento del cincuenta por ciento a estudiantes y carnets de empresa, el impuesto de menores nos

cuesta por entradas completas. No existe ninguna matización, se nos incluye en el baremo general.

«Entonces, creemos que necesitamos señalar que no tenemos subvenciones estatales (al contrario, el Ministerio nos debe desde hace tres años la mitad del importe de un premio y, además, no nos favorece con las ayudas que se dan a los demás teatros cuando se representan autores españoles). Sólo somos una cooperativa de actores que cobran, cuando tenemos suerte, dos mil pesetas a la semana; generalmente, bastante menos. Y para ello tenemos que trabajar dieciséis horas diarias, con estudios, ensayos y representaciones. Porque, claro, no nos limitamos al pequeño teatro, sino que hacemos representaciones en muchos otros sitios. Nos ayudan las subvenciones de amigos (hay unos carnets de mil pesetas al año que dan derecho a entrar cuando se quiera), que oscilan entre las cien mil pesetas (al principio, cuando abrimos el teatro) y las ciento veinticinco pesetas que nos dan muchos».

Del Pequeño Teatro la prensa tardó tiempo en darse cuenta. Necesitó que el vestuario de una actriz en una representación les resultara escabroso para destacar la existencia del TEI. Luego, habló de los «simpáticos muchachos» de Magallanes, I, con la despreocupación de quien sólo va a los estrenos y no conoce las triquiñuelas de dentro.

Los actores profesionales que entran a los camerinos (!) deshaciéndose en halagos, en gritos, en «qué maravillosos sois y cómo me gustaría estar entre vosotros», luego se niegan a participar si se les ofrece una colaboración...

Así es el TEI. Actores que no existen. Pero que alcanzan el más alto nivel de expresión conjunta conocida en nuestro teatro.

Un teatro que no existe. Que es sólo café-teatro. Pero que ha alcanzado en los últimos dieciséis meses el mayor índice de calidad teatral logrado en los teatros auténticos.

«Muchachitos simpáticos». Pero que trabajan constantemente investigando un lenguaje que les importa, y que cuentan con la colaboración de los más destacados grupos y profesores de Europa.

«Después de Prometeo» es un espectáculo apasionante, aunque quizá discutible. Pero lo que es importante de este grupo de hombres de teatro es que su trabajo es abierto, dialogable, transformable. Una representación del Teatro Experimental Independiente no es un mundo propio y cerrado, sino una posibilidad de trabajo cooperativo entre los actores y el público. Algo realmente nuevo en el triste y mediocre panorama teatral de cada día, del que escasas excepciones se escapan.

Ignorado por los organismos oficiales, descuidado en legislaciones esquemáticas, el TEI, agotadas (o casi) las ayudas de los escasos amigos, amenaza poco a poco con morirse solo. ■ D. G. Fotos de «Después de Prometeo»: DEMETRIO ENRIQUE.